

LUCAS. (Sacando con énfasis la caja.) Pues tomad un polvo y se os descargará la cabeza.  
 JOBSON. (Al tomarlo, repara en la caja.) ¡Qué veol..  
 LUCAS. (Aparte.) Se ha turbado al verla..., este es el ladrón. (Jobson estornuda.) *Domini-  
 nus tecum.* - Este es buen tabaco..., de la calle de los Monos..., ya lo cono-  
 ceréis..., y creo que también la caja.  
 JOBSON. ¡Yo!. No por cierto.  
 LUCAS. Pues es extraño..., porque allí se quedó olvidada en el mostrador del es-  
 tanco de la calle de los Monos..., justamente por la época en que vos estuvisteis  
 en París..., y justamente el día que me robaron el niño Arturo.  
 JOBSON. Creo que me llaman..., es la voz del almirante..  
 LUCAS. Es la voz de tu conciencia, ¡bribón, embustero!..  
 JOBSON. ¡Vos estáis loco!..  
 LUCAS. ¡Ladrón de chiquillos!..  
 JOBSON. ¡Ea, agur!.. (Aparte.) ¡Qué demonio de hombre!  
 LUCAS. No te marchas de aquí..., no señor..., sin decirme dónde esta el chiquillo..  
 JOBSON. (Arremangándose.) ¡Dejadme salir..., ó esto acaba mal!  
 LUCAS. ¡Oh! No tengo miedo. (Presentándole la caja abierta.) ¡Estoy armado!  
 JOBSON. Paso .., ó si no... (En ademán de boxear.)  
 LUCAS. ¡Acércate..., acércate..., y verás cómo te ciego!..  
 JOBSON. ¡Paso, digo!

## ESCENA X

## DICHOS y MARÍA

MARÍA. ¿Qué es esto?.. ¿Qué ocurre, Lucas?  
 LUCAS. ¡Qué ha de ser!.. ¡Que he encontrado al ladrón..., ese es!.. Déjame que lo  
 ciegue..  
 MARÍA. (Después de mirarlo, deteniendo á Lucas.) Salid..., os perdono (Jobson saluda y se va.)

## ESCENA XI

## LUCAS y MARÍA

LUCAS. ¡Cómo!.. ¿Le dejas ir sin que declare dónde está el chiquillo?  
 MARÍA. Es inútil; ya lo sé.  
 LUCAS. ¿Lo sabes?.. ¿Sabes dónde está?.. Pues dime...  
 MARÍA. Todo te lo diré..., pero en Francia.  
 LUCAS. ¡En Francia!  
 MARÍA. Sí; allá nos volvemos.  
 LUCAS. ¿Con él?  
 MARÍA. Sin él.  
 LUCAS. (Asombrado.) ¿Sin el niño?.. ¡Y eso dice su madre!.. ¡Su mamá!..  
 MARÍA. Él ignora que yo soy su madre..., y es preciso que lo ignore siempre.  
 LUCAS. ¡Entonces, hazme el favor de decirme para qué me he estado yo comiendo  
 patatas diez y seis años!.. ¡Para qué me he embarcado!.. ¡Para qué he estado ex-  
 puesto á servir de almuerzo á un tiburón!

MARÍA. Primo, si me quieres, no me preguntes más.  
 LUCAS. Pero es cosa inaudita..  
 MARÍA. ¿Preferirías verme morir de dolor después de haber hecho la desgracia de  
 Arturo?  
 LUCAS. ¡Ah! Si la cosa es tan seria..., ya no digo nada. Callo y voy á disponerlo  
 todo para nuestra marcha. ¡Cosa más rara! .

## ESCENA XII

## MARÍA

MARÍA. Sí; marcharé, llevaré conmigo el secreto. Arturo no se verá infeliz, abando-  
 nado.., no recibirá por herencia mi obscuridad, mi miseria y mi nombre des-  
 honrado... ¡No; yo quiero que sea rico..., poderoso! . ¡Que ocupe un puesto bri-  
 llante en ese mundo que arroja de sí á su madre! - Milord acaba de enviarme á  
 decir que Arturo, de orden del almirantazgo, había partido á bordo... ¡Ah! Casi  
 me alegre ..; no viéndole tendré más valor para resolverme al terrible sacrificio.  
 (Llorando.) ¡Sin embargo .., marcharse sin verme..., sin darme el último adiós!..  
 ¡Ah! ¡Qué amargura! (Cae abismada en un sillón. - Abrese con misterio una puerta peque-  
 ña; asoma por ella Arturo; cerciórase de que no hay nadie y sale.)

## ESCENA XIII

## MARÍA y ARTURO, de uniforme

ARTURO (A la puerta.) Está sola.  
 MARÍA (Sin verle, levantándose.) No importa..., os lo he ofrecido, mi Dios, y cumpliré  
 mi juramento.  
 ARTURO (Aparte.) ¡Qué triste está!.. Parece que ha llorado..., ya no me atrevo á acer-  
 carme á ella.  
 MARÍA (Con firmeza.) Esto es hecho. (Se enjuga los ojos; vuélvese, ve á Arturo y da un grito.)  
 ¡Ah!..  
 ARTURO. ¡Perdonad..., os he asustado!  
 MARÍA. No..., nada de eso; pero yo creía...  
 ARTURO. ¿Que me había marchado ya? No debisteis, sin embargo, creer que me  
 marchase así.  
 MARÍA. Es verdad; no debí creerlo.  
 ARTURO. Milord y Jobson no saben que estoy aquí; he venido á escondidas... ¡Te-  
 nían un afán por que me fuese al instante!.. Cuando les manifestaba deseos de  
 despedirme de vos, me decían que no podíais recibir á nadie...; pero yo estaba se-  
 guro de que me recibiríais. ., y así, lo que he hecho es deslizarme sin que me sien-  
 tan y venir por esa puertecilla á daros el último adiós y á enseñaros mi uniforme.  
 MARÍA (Aparte.) ¡Valor mío, no me abandones!  
 ARTURO. Y además quería pedir os una gracia.  
 MARÍA. Hablad, hablad.  
 ARTURO. Es que no sé cómo deciros... (Aparte.) Aunque es pobre, tiene delicadeza...,  
 busquemos un medio indirecto...



- MARIA. ¿Teméis que os la niegue? Hablad, ya os escucho.
- ARTURO. Yo voy á ausentarme, quizá por mucho tiempo..., y lo deseo; porque estoy ya impaciente por bautizar con agua del mar mi charretera; pero, sin embargo, siento en el alma separarme de vos, á quien conozco apenas y no podré olvidar jamás. «La ausencia, me decía yo hace poco, es menos cruel cuando queda un recuerdo, una prenda de la persona ausente; pues bien, si ella consiente, yo le dejaré una para que la guarde siempre y le haga recordar alguna vez al huérfano Arturo»
- MARIA. ¡Ah! ¡Dádmela, dádmela!.. ¡Esa prenda será mi tesoro..., yo la guardaré siempre en mi corazón!
- ARTURO. ¡Ah! ¡Qué buena sois!.. Tomad. (Le da una caja de tafilete.)
- MARIA (Abriéndola.) ¡Qué veo!.. ¡Ah! ¡Qué parecido! (La besa á escondidas de Arturo.)
- ARTURO. ¿No es verdad que tiene todo este aire calaverilla?..
- MARIA. Pero sir Arturo, este retrato está guarnecido de diamantes.
- ARTURO. No, no..., son unas piedras de poco valor... Lord Melvil quiere casarme con la hija del duque de Richemont..., y para ella estaba destinado.
- MARIA. (Aparte.) ¡Una alianza tan brillante!.. ¡Ah! ¡Muera el secreto en mi corazón!
- ARTURO. ¿Conque lo aceptáis?
- MARIA. Sí; guardo el retrato, pero os devolveré el cerco.
- ARTURO. No, no; guardadle también, porque no es regalo, es cambio.
- MARIA. ¡Cómo!
- ARTURO. Sí. ¿No me daréis por él alguna memoria vuestra?
- MARIA. Yo no tengo nada..., nada...
- ARTURO. ¿Y ese medallón que lleváis al cuello?
- MARIA. ¡Ah! ¡Este medallón?.. No puedo separarme de él; contiene un rizo que una madre cortó á su hijo cuando dormía en la cuna.
- ARTURO. Dichoso él, que podrá decir: «¡Madre mía!» nombre que yo estoy privado de pronunciar, pero cuya dulzura comprende mi corazón.
- MARIA. ¿Y nunca os han hablado de la vuestra, Arturo?
- ARTURO. ¿La mía?.. (Con dolor.) ¡Estoy condenado á maldecirla!
- MARIA. (Aterrada.) ¡Qué decís!
- ARTURO. ¡Ah! ¡Si supierais!.. Ella me abandonó.
- MARIA. ¿Os abandonó?
- ARTURO. Sí, señora. Apenas tenía yo un año, cuando me encontraron, una noche de invierno, muerto de frío y de hambre en las gradas de una iglesia..., y á no ser por la caridad de un hombre generoso...
- MARIA. ¡Ah, qué horror!.. ¡Es una mentira infame..., nunca vuestra madre os abandonó!
- ARTURO. (Admirado.) Cuando habláis así, señora, ¿estaréis cierta de lo contrario?
- MARIA. Para obligaros á despreciarla, á aborrecerla, la han calumniado... ¡Pero yo la defenderé, sí! — Escuchad, Arturo, escuchad.
- ARTURO. Sí, sí; ya escucho.
- MARIA. Diez y ocho años hace que una joven de condición humilde, pero honrada, quedó sola, sin recursos ni apoyo alguno, por la muerte de su padre, valiente oficial, que expiró en el campo de batalla, y tuvo que ganar el pan con el trabajo de sus manos. Un joven de elevada cuna la vió casualmente y concibió por ella una violenta pasión; ella, la infeliz, sin experiencia, le amó también, ¡y este amor la perdió!
- ARTURO. ¿Alguna promesa de casamiento?.. ¿Algún rapto?..

- MARIA. La sedujo vilmente... y la abandonó á la desesperación.
- ARTURO. ¡Ah!
- MARIA. Ella deseaba la muerte, pero el cielo le impuso otros deberes; era ya madre: nacisteis vos, Arturo.
- ARTURO. Seguid, seguid.
- MARIA. Un año entero pudo criar á su hijo...; pero la miseria, el hambre...
- ARTURO. ¡Cómo!..
- MARIA. Sí, Arturo; la miseria, el hambre la forzaron á entregar su hijo al pecho de una extraña.
- ARTURO. ¿Y nada supo, nada recibió de su seductor?..
- MARIA. ¡Oh! Sí; pero, ¿sabéis lo que la ofreció?
- ARTURO. ¿Dinero quizá?
- MARIA. Sí, dinero; pero con la condición de que le entregase su hijo...
- ARTURO. (Con prontitud.) ¿Y ella lo rehusó?
- MARIA. ¿Qué madre vende á su hijo por dinero?
- ARTURO. ¡Y se han atrevido á calumniarla, á envilecerla!..
- MARIA. Escuchad, escuchad. No paró en esto, sino que viendo que nada conseguían de ella por el interés, apelaron á la violencia... ¡Le robaron su hijo!
- ARTURO. ¡Le robaron!
- MARIA. ¡Sí, su hijo, su único consuelo..., y en diez y seis años no le ha vuelto á ver!
- ARTURO. ¡Ah, madre mía!.. Y á pesar de tantas desgracias, vive, ¿no es verdad?
- MARIA. Sí; vive para padecer..., pero no padecerá mucho tiempo.
- ARTURO. ¡Ah! ¡Llevadme á verla!.. ¡Quiero arrodillarme junto á su lecho de dolor!.. ¡Quizá los besos de su hijo reanimen su moribunda vida!.. — ¡No me respondéis!.. ¡Vuestros ojos se llenan de lágrimas!.. ¿Quién sois vos que así lloráis hablándome de mi madre?
- MARIA. (Aparte.) ¡Y mi juramento..., mi juramento!..
- ARTURO. ¡Aún guardáis silencio!.. ¡Queréis evitar mis miradas!.. ¡Vos sois mi madre!..
- MARIA. (Deteniéndole.) ¡Yo!.. No, no..., os lo juro..., ese título sagrado no me pertenece. Si yo fuera tu madre, pobre niño, ¿no se hubieran abierto ya mis labios para decírtelo? ¿No te hubiera estrechado ya contra mi corazón?..
- ARTURO. (Con tristeza.) ¡Ah, sí, sí..., me había ofuscado!
- MARIA. Soy una amiga suya..., casi una hermana..., y por ella he venido á Inglaterra.
- ARTURO. ¿A qué? ¿Decidme á qué?
- MARIA. El autor de sus desgracias..., que os ama mucho y cuida de vuestra suerte, ha exigido de ella que renuncie solemnemente á todos sus derechos.
- ARTURO. ¿Y vos venís encargada de rehusar en su nombre tan infame propuesta?..
- ¡Bien, señora!
- MARIA. Esta vez no se trata ya de la felicidad de la madre; se trata de la suerte del hijo, y ella ha consentido: yo vengo á responder de su silencio.
- ARTURO. ¡A responder de su silencio!.. ¿A responder á quién?..
- MARIA. ¡Ah! Serenaos, Arturo..., me hacéis temblar.
- ARTURO. ¡Quién tiene derecho de imponer á mi madre semejante juramento! El que una vez la engañó tan villanamente, ¿no es cierto? ¡Vos no queréis decirme su nombre! Pues bien, yo os lo diré. (Llama á una campanilla.)
- MARIA. ¡Arturo!
- ARTURO. (A un lacayo que se presenta.) Decid á lord Melvil que sir Arturo le pide un momento de audiencia. (Vase el lacayo.)



MARIA. ¡Dios mío!.. ¿Cuál es vuestro proyecto?

ARTURO. Dejadme solo, señora; dentro de breves instantes quedará decidida la suerte de mi madre.

MARIA. (Aparte.) ¡Ah! ¡Prevenámoslo; nada quiero á precio de su ruina!

ARTURO. (Dándole la mano.) Ya viene. Permitidme que os conduzca á vuestra habitación. (La acompaña hasta la puerta.)

#### ESCENA XIV

ARTURO. Luego, LORD MELVIL

ARTURO. ¡Lord Melvil... ya sé cuáles son los lazos que me unen á vos; ya sé los derechos que tenéis á mi sumisión y á mi agradecimiento!.. ¡Pero también sé lo que debe esperar de su hijo una madre que vos habéis hecho tan infeliz!

LORD. (Saliendo.) ¿Qué me querrá? (Se acerca; ambos se miran un momento en silencio.) ¿Vos querfais hablarme?

ARTURO. Sí, milord.

LORD. (Aparte.) ¡Qué conmovido está! – No es aquí, Arturo, donde yo creía encontraros.

ARTURO. Lo sé.

LORD. Vuestros compañeros de viaje os están ya esperando.

ARTURO. Yo no parto ya.

LORD. ¡No partís ya!

ARTURO. No, milord.

LORD. ¿Habéis olvidado que no os pertenecéis?

ARTURO. No lo he olvidado, milord.

LORD. ¿Habéis olvidado las obligaciones que os impone esa charretera?

ARTURO. Obligaciones más sagradas me mandan quedarme aquí.

LORD. ¿Qué dices?

ARTURO. (Exaltándose por grados.) ¡Qué he de decir!.. ¡Que estoy sufriendo horriblemente... que tengo el corazón despedazado... combatido de mil diversos sentimientos... el respeto, el temor... el grito de la naturaleza!.. ¡Ah! ¡No puedo más!.. Mejor es romper el silencio. (Echándose á sus pies.) ¡Padre mío... yo vengo á pedir la honra de mi madre!

LORD. (Aparte.) ¡Todo lo sabe! ¡Infeliz!.. ¿Quién te ha revelado?..

ARTURO. Esa mujer que yo salvé.

LORD. ¿Tú la has visto?

ARTURO. Sí; pero de nada tenéis que reconvenirla, padre mío; no ha sido ella quien me ha revelado este fatal secreto; yo he sido quien se lo he arrancado.

LORD. ¿Os ha dicho también el precio que he impuesto á su silencio? ¿El juramento que he hecho? ¿La resolución que he tomado?

ARTURO. Sí; me lo ha dicho... pero yo no la he creído.

LORD. Pues habéis hecho mal, Arturo, porque María está ya persuadida de que jamás olvidaré yo lo que debo á mi clase y á mi cuna.

ARTURO. ¡Mejor fuera que no lo hubierais olvidado, milord, cuando deshonrasteis á mi madre!

LORD. ¡Arturo!.. ¿Sabéis á quién estáis hablando?..

ARTURO. ¿A quién estoy hablando?.. Sí, lo sé; estoy hablando á lord Melvil, descendiente de una de las familias más nobles de Inglaterra; á lord Melvil, rico y opulento par del reino; á lord Melvil, que orgulloso con los timbres de su cuna, se cree dispensado de cumplir toda obligación.

LORD. (Aparte.) ¡Que esto oiga yo de sus labios!

ARTURO. ¡Oh! ¡Ya sé yo que para un gran señor es cosa de juego legar por herencia á la mujer que le ha amado la vergüenza y la deshonra!

LORD. ¡Arturo!

ARTURO. Robarle su hijo, su único tesoro; y cuando solicita como gracia que la permitan darle un abrazo, responderle: «Entrégame tu hijo, ó le abandono también; guárdate de mirarlo; guárdate de decirle una palabra cariñosa, una palabra que pueda descubrirle el secreto, porque entonces lo arrojaré también, como á ti, á la miseria y al desprecio.»

LORD. Callad, Arturo... ¡Yo os lo mando!

ARTURO. ¡No quiero callar, milord! ¡Arturo levanta aquí la frente que vos habéis querido humillar; le obligáis á elegir entre su madre y vos... entre vos, grande y opulento, y su madre, pobre y despreciada...; pues bien, su elección está hecha. Arturo trabajará para mantenerla; desde hoy olvida todos vuestros beneficios, y desprecia todos vuestros dones; os debe esta charretera que pensaba ilustrar algún día... pues él se la arranca de sus hombros, milord, y la pisa con sus pies, para no quedaros á deber nada!

LORD. ¡Ah!.. ¡Esto es demasiado! ¡Salid, salid de aquí al instante! (Cae en un sillón.)

ARTURO. (Véndose.) ¡No hay remedio! ¡Ah! ¡Y yo le amaba tanto!

LORD. (Mirándole.) ¡Llora!

ARTURO. ¡Nos echa de casa á mí y á mi madre! (Volviendo.) ¡Pero no... no es posible!.. ¡Milord... tened piedad de mi madre!

LORD. ¡Arturo!

ARTURO. ¡Vos que sois tan bueno, que nunca habéis visto derramar lágrimas sin enjugarlas!.. ¡Ah, padre mío... ¡Conozco que me he excedido... mis palabras han herido vuestro corazón: perdonadme! (Lord Melvil se entenece; Arturo abraza su cuello.) ¡Os amaremos tanto los dos!.. ¡Seremos vuestro consuelo y vuestra alegría!.. ¡Esa noble carrera á que vos con tanto placer me habíais destinado, yo la recorreré con gloria á vuestra vista, guiado por vuestros consejos, inflamado por vuestro ejemplo! (Lord Melvil apenas puede contener su emoción.) ¡Os enterneceis!.. ¡Me ocultáis vuestras lágrimas!.. ¡Ah, madre mía!.. ¡Al fin os va á abrir los brazos!.. (Le estrecha de nuevo contra su pecho; lord Melvil da muestras de la lucha violenta que reina en su corazón, pero al fin rechaza á Arturo con ademán firme.)

LORD. (Con entereza.) ¡Jamás!

ARTURO. (Después de una pausa.) ¡Basta de súplicas! Adiós, milord (Va á salir á tiempo que se abre una puerta y aparece María.)

LORD. (Aparte.) ¡Ella es!

#### ESCENA XV

DICHOS y MARÍA

MARIA. (Aparte á lord.) No temáis, está hecho el sacrificio.

ARTURO. Venid, señora; abandonemos ahora mismo el castillo de Melvil, y vamos á buscar á mi madre.



LORD. (Aparte.) ¡A buscar á su madre!.. ¡Qué es lo que dice!

ARTURO. Marchemos.

MARIA. ¡Queréis ir ver á vuestra madre! ¡Ah, sir Arturo, ya es tarde!

ARTURO. ¡Es tarde!

MARIA. ¡Sí, ha muerto!

ARTURO y LORD. ¡Ha muerto!

ARTURO. ¡Ah!.. ¡Eso no es verdad!.. Vos me engaáis..., lo decís para obligarme á permanecer aquí.

MARIA. Leed esta carta que os escribió á la hora de la muerte. (Le da una carta cerrada.) En esta otra me participan la fatal noticia; acabo de recibirlas.

ARTURO. ¡Ah!.. ¡Mi vista se nubla..., yo no puedo leer!

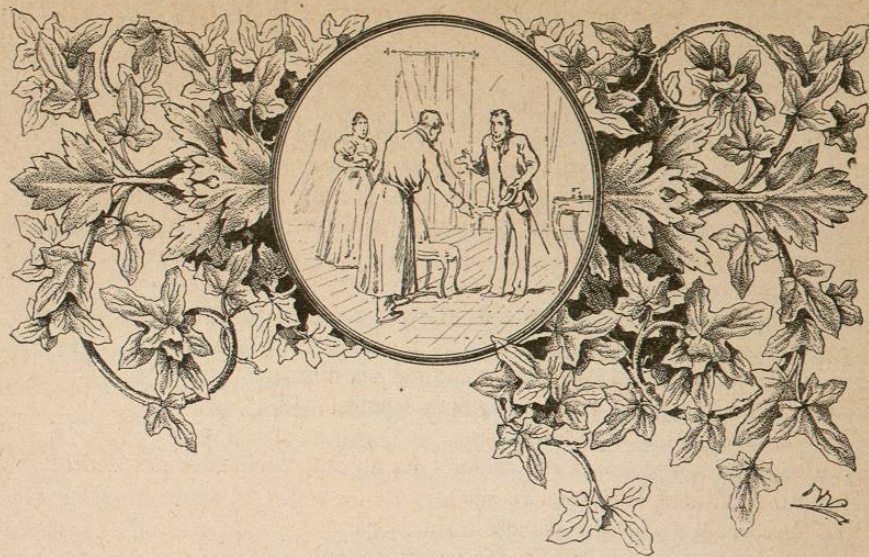
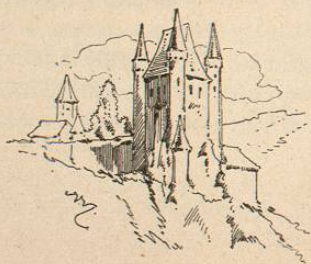
MARIA. Dámela: yo leeré. (Lee.) «¡Hijo mío: se acabó el mundo para mí; ya no nos veremos sino en el cielo! (Un momento de silencio.) En el cielo, donde Dios cuenta las lágrimas de los desgraciados; en el cielo, que es la patria de los pobres huérfanos y de las madres desvalidas. Antes de separarme de ti para siempre en este mundo, quiero imponerte mi última voluntad. Un hombre fué cruel, muy cruel conmigo; pero este hombre es tu padre; yo le perdono. Sé que te ha criado con amor; que funda en ti su esperanza y su felicidad; ámale, Arturo, como yo le he amado, y tu madre, desde el cielo rogará á Dios por ti.»

ARTURO. (Arrodillándose.) ¡Dios mío, recibe el juramento que hago de obedecerla! (La agitación de lord Melvil ha ido aumentándose por grados durante la lectura. Al oír la exclamación de Arturo, ya no puede contenerse, y levantándole del suelo, le arroja en los brazos de María.)

LORD. ¡Ah!.. ¡No puedo más!.. Lady Melvil, abraza á tu hijo.

ARTURO. ¡Madre mía!

MARIA. ¡Ah! (Viendo á lord Melvil que la mira con las manos juntas, como pidiéndola perdón, se echa en sus brazos, quedando enlazados los tres.) ¡Guillermo! ¡Bendito seas!



## LA FAMILIA IMPROVISADA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, ARREGLADO AL ESPAÑOL

### PERSONAS

D. HILARIÓN. — D. LUIS. — D. MARIANO. — D. RESTITUTO. — D. BERNABÉ. — D. PABLO.  
LA TIA JEROMA. — DOÑA TECLA. — PAQUITA. — COLASA. — ACOMPAÑAMIENTO

(La escena es en un pueblo á pocas leguas de Madrid)

### ACTO ÚNICO

El teatro representa una sala baja. Puerta grande en el foro, que da á un jardín. Puertas laterales. Una ventana; y delante de ella una mesa

### ESCENA PRIMERA

D. HILARIÓN, DOÑA TECLA, PAQUITA, COLASA.  
Parientes y amigos de la familia.

(Todos están rodeando á Paquita y dándole la enhorabuena: las mujeres la besan.)

HILARIÓN. Gracias, gracias: vivan ustedes mil años.

TODOS. ¡Que sea para bien!

TECLA. ¡Hija de mis entrañas!.. ¡Vamos, no me la sofoquen ustedes!

HILARIÓN. Es verdad: denle ustedes ahora la enhorabuena al novio... ¡Calla! ¿Dónde está mi yerno futuro?